

III DOMINGO DE PASCUA

Hechos de los apóstoles 5, 27b-32. 40b-41 Apocalipsis 5, 11-14 Juan 21, 1-19

**“Simón, hijo de Juan,
¿me amas más que éstos?”**

18 Abril 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“SEÑOR, TÚ LO SABES TODO, TÚ SABES QUE TE QUIERO”

El tiempo de Pascua es un tiempo de vida, un tiempo del Espíritu y un tiempo de sueños. Dice un autor anónimo: *“Si quieres construir una nave, entonces no convoques hombres para conseguir madera, para preparar herramientas, para distribuir tareas y organizar el trabajo; más bien despierta en ellos el ansia por el vasto e inmenso mar”*. Pienso en Jesús, en su forma de actuar, en la manera que tuvo de fundar la Iglesia y de comenzar el Reino. Siempre nos sorprende que no dejara un camino más elaborado, un método de trabajo, o una forma de hacer las cosas, para que Pedro tuviera todo claro. No firmó los estatutos de la Iglesia ni planeó un camino de misión. No dibujó las líneas de la evangelización ni trazó una forma de vivir con seguros y mínimos. Sin embargo, su vida consistió en enamorar a los suyos, a sus ovejas a Él confiadas, de los grandes sueños que nacen en el mar. En ese mar inmenso de Galilea, en ese mar de la vida que es el cielo que se abre ante nosotros, que es la vida que se nos regala con toda su riqueza. Una vida llena de alegrías y dolores, de penas y luces. Pero una vida en la que, como dice **Facundo Cabral**, Dios siempre está presente: *“Dios no te prometió días sin dolor, risa sin tristeza, sol sin lluvia, pero Él sí prometió fuerzas para cada día, consuelo para las lágrimas y luz para el camino”*. Jesús nos hace soñar y nos muestra con su vida un camino. Un camino de plenitud en la debilidad, de confianza en el abandono y de alegría en la cruz. **En el Evangelio de este domingo aparece marcado un itinerario que queremos recorrer para descubrir su belleza.**

La primera etapa del camino es la importancia de volver al mar de Galilea. Pedro y los discípulos habían vuelto a pescar a Galilea. Ya no eran pescadores de hombres; volvían a ser pescadores con sus redes: *“En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás apodado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: «Me voy a pescar.» Ellos contestan: «Vamos también nosotros contigo.» Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada”*. Dice **S. Agustín** al respecto: *“Si esto lo hubieran hecho después de la muerte de Jesús y antes de su resurrección, creeríamos que lo hacían dominados por la desesperanza”*. Ahora sólo vuelven para ganarse su sustento. Aunque en esa espera, en realidad, han vuelto al lugar donde surgió el amor. Están siete de los discípulos, algunos de los cuales antes no pescaban. Vuelven a ese lugar que conocían tan bien, porque necesitan revivir el camino recorrido, volver a encenderse. Regresan al mar en el que se enamoraron del Señor. Ese mar que colmó sus vidas y les hizo soñar. Recuerdan entonces tantos momentos pasados con el Señor. Reviven el camino y su corazón vuelve a vibrar junto a las aguas. Junto al Mar de Galilea se dan cuenta de todo lo que han cambiado sus vidas desde el momento en que el Señor les invitó a dejarlo todo y seguir sus pasos. Era necesario volver a la propia historia para recordar cómo había comenzado todo. **Así lo hicieron, se acercaron a ese lugar santo, lugar sagrado, junto al mar, y revivieron aquel momento en el que el amor se hizo carne.**

Así tendríamos que hacer nosotros siempre en nuestra vida. Nuestra propia historia es nuestra mejor escuela de vida. En ella aprendemos y en ella descubrimos los ideales de los cuales nos enamoramos. En ella podemos decir como en el Salmo: *“Te ensalzaré, Señor, porque me has librado y no has dejado que mis enemigos serían de mí. Señor, sacaste mi vida del abismo, me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa. Tañed para el Señor, fieles suyos, dad gracias a su nombre santo; su cólera dura un instante, su bondad, de por vida; al atardecer nos visita el llanto; por la mañana, el júbilo. Escucha, Señor, y ten piedad de mí; Señor, socórreme. Cambiaste mi luto en danzas. Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre”*. Sal 29, 2 y 4. 5 y 6. 11 y 12a y 13b. Nuestra historia, con sus heridas y victorias, con sus tropiezos y alegrías, es nuestro lugar santo. Allí hemos de regresar continuamente para volver a empezar, para no olvidar quiénes somos, para revivir nuestro primer amor. Y no sólo nuestro primer encuentro con Dios, con su amor, también con las personas que son parte de nuestro camino. El amor tiene que renovarse cada día. Es por eso que los discípulos volvieron a su mar de Galilea, para no olvidar que eran pescadores; que el Señor los había llamado allí y les había prometido, que si regresaban a Galilea, le volverían a ver. En la cotidianidad de nuestra vida se manifiesta Cristo. Cuando uno tiene la suerte de surcar las aguas de este mar o quedarse en la orilla meditando, se puede percibir esa presencia maravillosa de Cristo muy cercana. Somos capaces de escuchar esa voz que se eleva calmando las aguas, esos pasos nerviosos de Pedro sobre el agua, ese esfuerzo titánico de los pescadores sacando las redes cargadas, esa voz calmada del Maestro predicando desde la barca. Volvieron al comienzo para recordar y confiar en que Cristo volvería a manifestarse en medio de ellos. Mientras tanto volvían a trabajar. Y en su trabajo, en su ocupación, aparece el Señor. **Cristo viene a nuestra vida allí donde nos encontramos, aprovecha la más mínima ocasión para acercarse y tocarnos con su mano.**

La segunda etapa del camino nos muestra el paso de la obediencia: *“Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: «Muchachos, ¿tenéis pescado?» Ellos contestaron: «No.» Él les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.»* Jesús les indica cómo tienen que hacer. Ellos obedecen, y en la obediencia está la fecundidad. Obedecer es elegir lo que Dios nos pide, es actuar donde Dios nos pone acogiendo libremente su voluntad. María acogió la voluntad de Dios en su seno, obedeció eligiendo el deseo del Padre y el amor se hizo carne. Obedecer consiste en elegir, no ya en aceptar con resignación, sino en elegir, con un corazón alegre y dispuesto como el de María, lo que Dios quiere para nosotros. Ya se lo dice Jesús a Pedro al final de este Evangelio: *“Te lo aseguro: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras.”* Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: *«Sígueme.»* Juan 21, 1-19. Muchas veces es la obediencia de la cotidianidad. Esa obediencia sencilla y callada es la que más nos cuesta y además, pasa desapercibida para el mundo. Nos rebelamos ante ella porque nos creemos seguros de nosotros mismos. Queremos hacer las cosas como mejor nos parece, con nuestro propio criterio, pensando que nosotros sabemos hacerlo bien. Y entonces, cuando lo hacemos a nuestra manera, sin Dios, recibimos la falta de fecundidad como respuesta. Así lo explica **San Agustín:** *“Dios no manda cosas imposibles, sino que, al mandar lo que manda, te invita a hacer lo que puedas y pedir lo que no puedas y te ayuda para que puedas”*. Obedecer no es fácil pero Dios nos da la fuerza para que se haga realidad lo que soñamos. La obediencia implica renuncia y humildad, porque obedecer supone aceptar que los deseos del que nos manda son los válidos y verdaderos. **Dios no se equivoca, si le obedecemos podremos descansar en Él.**

La tercera etapa nos habla de la fecundidad de la pesca milagrosa: *“La echaron, y no tenían fuerzas para sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro: «Es el Señor.»* Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de

*tierra más que unos cien metros, remolcando la red con los peces". Solemos interpretar mal la palabra fruto y fecundidad. Normalmente queremos decir éxito. El Santo Padre Alberto Hurtado hacía una reflexión sobre "el éxito de los fracasos": "En la acción cristiana existen los triunfos tardíos; en el mundo de lo invisible, lo que en apariencia no sirve, es lo que sirve más. Sembrar sin preocuparse de lo que saldrá. No cansarse nunca de sembrar. Dar gracias a Dios de los frutos apostólicos de mis fracasos". Es la fecundidad de la que habla esta segunda etapa del camino. A nosotros nos acostumbra el mundo a hablar de éxitos y de triunfos. El otro día un padre contaba cómo su hijo de 4 años le preguntaba el significado de la victoria de Cristo de la que hablaba una canción. El padre trató de explicárselo mostrando cómo Cristo vence el mal y reina con su vida. Entonces, como conclusión, y tratando de entender, el hijo le dijo: "Entonces, ¿Jesús vence como vence el Madrid?". Es la victoria a la que estamos acostumbrados. La victoria en la que hay vencedores y vencidos. La victoria que habla de los primeros puestos, de los triunfos, de la alabanza recibida por las masas. Decía Nadal el otro día en una entrevista: "Ganar no es una obsesión. Me interesa más la otra felicidad, la de tener salud, amigos y una gran familia, porque, por ejemplo la felicidad de triunfar en Wimbledon es sólo momentánea". La victoria de Cristo, sin embargo, no es momentánea, es para siempre. Sin embargo, las masas pasan de aclamar a condenar rápidamente, como lo vivimos esta Semana Santa. El éxito es pasajero y caduco. La fecundidad eterna. La Pesca milagrosa parece poner de nuevo el acento en el número, 153, como si de un éxito se tratara. Se enmascara en este milagro el misterio de la victoria verdadera de Cristo. Bajo la apariencia del número, de la cantidad de peces que casi no pueden llevarse a la orilla, se esconde la fecundidad del aparente fracaso, el de la cruz, "el éxito de los fracasos". La fecundidad es don de Dios y para Él queda. Lo que nos queda a nosotros es obedecer, trabajar cada día, entregar la vida de forma silenciosa y suplicar milagros. **No podemos enfrascarnos en cálculos humanos y perder la verdadera perspectiva, la que contempla el mundo desde lo alto del madero.***

La cuarta etapa nos lleva a detenernos a comer con el Señor: *"Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: «Traed de los peces que acabáis de coger. » Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: «Vamos, almorzad.» Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado. Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos". S. Agustín* resalta que son diez las veces en que se aparece después de resucitado, según los Evangelistas: *"Una vez en el sepulcro por las mujeres, otras por las mismas en el camino; la tercera vez por Pedro; la cuarta los discípulos de Emaús; la quinta por muchos en Jerusalén donde no estaba Tomás; la sexta cuando le vio Tomás; la séptima en el mar de Tiberiades; la octava por los once en el monte de Galilea; la nona en la última comida, según refiere Marcos y la décima en la ascensión".* En esta ocasión estamos junto al Mar de Galilea y Jesús aparece ante ellos. Al principio, como en otras apariciones, no lo reconocen. Va a ser Juan quien lo señala: *"Es el Señor".* **Muchas veces nos preguntamos por qué no logran reconocerlo desde el primer momento.** Es como si su cuerpo glorioso y resucitado resultara muy diferente del cuerpo que ellos estuvieron acostumbrados a ver y a querer. Jesús conserva sus rasgos fundamentales y, no obstante, no lo reconocen, su verdadera identidad parece velada. Es la pregunta que nos lleva a pensar en esa línea discontinua que nos une con la eternidad. Conservaremos nuestra historia, nuestro camino y habrá algo totalmente nuevo, tendremos un cuerpo glorioso, lleno de la luz de Dios. Esa semejanza en la diferencia es la que nos resulta tan difícil de comprender. ¿Cómo era posible que no lo reconocieran? Lo encontró María junto al sepulcro y lo confundió con un jardinero, ¿cómo es posible que hasta que no la llama por su nombre no la reconozca? Recorrieron un largo camino con Él y ¿sólo lo reconocen al partir el pan? Lo ven entrar a través de las puertas cerradas, y ¿sólo lo descubren en sus heridas abiertas? Le obedecen y echan las redes

dónde Él les dice, y ¿sólo lo descubre Juan al verlo de nuevo en la orilla? Es el misterio de las apariciones. Son sus gestos de amor, sus heridas, sus palabras, su amor hecho carne, **los que hacen volver la mirada sobre la identidad de aquel que habla. Nos cuesta entenderlo. La verdad aparece velada y nos confunde. Pero Él está ahí, esperando.**

Sin embargo, aunque al escuchar el Evangelio nos resulte extraño, ¿no suele ocurrir lo mismo también en nuestra vida? Amamos a Dios y no logramos reconocerlo muchas veces en las cosas que nos ocurren; creemos que se ha desentendido de nuestro camino. Sus pasos nos resultan esquivos. No vemos cómo nos habla y no descubrimos su conducción ni su presencia. Pensamos que caminamos solos cuando Él está a nuestro lado sosteniendo nuestra vida. Aprender a descubrir a Dios nos exige habituarnos a sus gestos. Los gestos nos los ha mostrado en el Evangelio: sus heridas, en las cuales se encuentran nuestras propias heridas; allí está Dios hablando, presente, son sus señas de identidad y las nuestras. Su voz, que pronuncia nuestro nombre, como pronunció el de María; esa voz que nos llama por nuestro nombre único, nunca pronunciado antes; esa voz que habla en el silencio de la oración, en lo profundo del corazón. El pan partido, que nos habla de un amor radical; al partir el pan en nuestra vida lo reconocemos, cada vez que nos partimos y nos damos, cada vez que recibimos ese amor partido de Dios en la eucaristía, en los que aman, en aquellos que se dan de forma desinteresada y reflejan un amor que no es suyo. Son rasgos de Dios que tenemos que aprender a percibir en la vida. Pero no nos damos cuenta muchas veces, como Pedro. Tenemos que buscar y descubrir sus pisadas ocultas, **sus silencios que son caricias, sus desvelos que son la aparente ausencia de Dios en nuestra vida. En esos signos Él nos está amando.**

La escena junto a unas brasas, unos pescados y pan junto al mar, nos habla de encuentro y paz. Es la presencia pacificadora y liberadora de Cristo. Los discípulos llevan su vida, su esfuerzo y su entrega simbolizada en el pescado. Cristo parte el pan para ellos. Es la verdadera primera Eucaristía, porque Cristo ya está resucitado y presente de una forma nueva. En ella descansa el alma de los discípulos. ¡Cuánta falta nos hace aprender a descansar más en Dios! Vamos de un lado para otro. Corremos y nos agotamos. El otro día una persona que vive fuera de España me comentaba que encontraba que aquí todo el mundo corría de un lado para otro, cansados, y sin encontrar un momento para la paz, para compartir o para relajarse. La escena del Señor comiendo con los suyos es una escena que anhelamos en nuestra vida, una escena de intimidad y descanso. La eucaristía, los momentos familiares en los que compartimos, el descanso en los corazones que nos acompañan, son la ocasión para recuperar la paz perdida. **¿Cómo vivimos la tensión de cada día? ¿Dónde buscamos el descanso que anhela el alma?**

La quinta etapa manifiesta el sentido de nuestra vida: ser testigos del amor. Tres fueron las negaciones de Pedro y tres son ahora las veces en que entrega su amor: *“Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?» Él le contestó: - «Sí, Señor, tú sabes que te quiero.» Jesús le dice: «Apacienta mis corderos.» Por segunda vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Él le contesta: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero.» Él le dice: «Pastorea mis ovejas. Por tercera vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?» Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez si lo quería y le contestó: «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero.» Jesús le dice: «Apacienta mis ovejas”. Decía Alcuino: “Simón quiere decir obediente y Juan gracia”. Simón se hace obediente a los deseos de Dios por la gracia transformadora en su vida. Y sigue: “Para que se demuestre que el mayor amor de que está poseído, no es, en efecto, de un mérito humano, sino un don de la gracia divina”. Y S. Juan Crisóstomo: “No le echa en cara su negación sino que le dice: si me amas preside a tus hermanos y da testimonio ahora del amor que por todas partes demostraste, sacrificando por mis ovejas esa vida que dijiste que darías por mí”. Pedro afirma con su palabra lo que negó antes con su silencio y entonces puede ser padre de muchos. Su mirada*

esquiva y cobarde se transforma ahora en un sí radiante, en entrega generosa, en vida ofrecida. Pedro se escabulló en la noche, aquella noche en la que todo parecía tiniebla. Ahora, a la orilla del mar que le hizo soñar, cuando se ha levantado y ha besado su propia herida, la del orgullo vencido, cuando se ha descubierto débil y frágil, barro en manos de Dios, entonces es capaz de mantener la cabeza erguida y contestar a Dios con seguridad: “*Sí, tú sabes que te quiero*”. Y en ese momento Pedro ha lavado con sus labios las negaciones del silencio. No ha habido reproches, ni miradas acusadoras. Jesús vuelve a confiar, vuelve a levantar a Pedro, vuelve a afirmarlo y lo hace piedra. Piedra frágil, piedra de barro que ama débilmente. **Tres veces necesitó preguntarle para borrar las tres veces en que su vida negó el deseo de Pedro de dar la vida. ¿Cuántas veces necesitamos que Cristo nos pregunte si le amamos con locura?**

Muchas veces negamos a Cristo con nuestra vida. El mismo número de veces Dios nos espera para preguntarnos: ¿Me amas? Dios es paciente y espera. No baja los ideales pero entiende que moldea barro. Pedro sabe que es débil, pero no por ello deja de soñar, el mar le inspira. Dios cuenta con el barro de Pedro, sabe su debilidad y sin embargo, lo conduce hasta el mar para que sueñe. Decía el **P. Kentenich**: “*Tenemos que unir el más grande idealismo con el auténtico realismo. Si conocemos y reconocemos las debilidades propias y ajenas, no debemos rendirnos, no debemos amar las debilidades, pero sí amar a los débiles y con el amor a ellos intentar mejorar las debilidades propias. Tenemos que cuidar que con el tiempo haya más santidad, más luz, más calidez, más amor de Dios, más amor a María que anime toda la familia*”¹. Son los ideales que nos han de mover a dar la vida, a construir barcos que crucen esos mares de los que estamos enamorados. No queremos conformarnos, no podemos quedarnos en el mínimo. Pero lo importante es ese amor de Dios que vuelve a confiar en nosotros, que vuelve a creer en nuestro amor. Es ese padre que se inclina sobre el hijo como dice el **Santo Cura de Ars**: “*El buen Dios no necesita de nosotros: si nos pide rezar es porque quiere nuestra felicidad y nuestra felicidad no puede encontrarse más que allí. Cuando nos ve venir inclina su corazón hacia la criatura, como un padre que se inclina para escuchar a su pequeño que le habla*”². Así hace Jesús con Pedro. Se inclina ante él, suplica su amor. Ese amor suyo limitado, ese amor que busca poseer y se resiste a darse por entero. **Suplica que le dé un amor pobre, a cambio de un amor infinito que nos desborda**

Estamos llamados a llevar a Cristo, a anunciarle aunque quieran impedirlo: “*En aquellos días, el sumo sacerdote interrogó a los apóstoles y les dijo: «¿No os hablamos prohibido formalmente enseñar en nombre de ése? En cambio, habéis llenado Jerusalén con vuestra enseñanza y queréis hacernos responsables de la sangre de ese hombre.»* Hoy el mundo pretende que los cristianos nos callemos. Y nosotros no podemos, porque somos testigos del amor recibido. La pretensión del mundo es acallar ese grito de amor que brota de lo alto de la cruz. Nosotros, que nos sabemos piedra frágil como Pedro, deseamos tener la fuerza de esos discípulos enamorados: “*Pedro y los apóstoles replicaron: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros matasteis, colgándolo de un madero. La diestra de Dios lo exaltó, haciéndolo jefe y salvador, para otorgarle a Israel la conversión con el perdón de los pecados. Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo, que Dios da a los que le obedecen.»* Queremos gritar al mundo que Cristo está vivo, que su vida sigue siendo hoy respuesta a los anhelos que viven en el alma. Por eso no nos dejamos intimidar ni tememos: “*Prohibieron a los apóstoles hablar en nombre de Jesús y los soltaron. Los apóstoles salieron del Sanedrín contentos de haber merecido aquel ultraje por el nombre de Jesús*”. Hechos de los apóstoles 5, 27b-32. 40b-41. Queremos ser testigos de ese amor más grande, ese amor que nos desborda y da sentido al camino recorrido. Nos sentimos contentos y no bajamos la guardia. El corazón mira a lo alto y el amor se renueva en la intimidad con Dios. **Nos sabemos pequeños, pero anhelamos la plenitud, soñamos.**

¹ Carta del P. J. KENTENICH a las Hermanas en diciembre de 1932

² SATO CURA DE ARS, *Orar con el cura de Ars*, 65